

Dos blancos y tres negros

Alfredo F. Alameda

Carta a mis lectores:

“Queridos amigos, necesito que me ayudéis a resolver un enigma de cuya solución depende mi futuro. A continuación relato con todo detalle mi peripecia para que comprendáis la importancia de lo que os pido.

Estos son los hechos:

Había superado las dos primeras pruebas y me dirigía a enfrentarme con la tercera y última. He de reconocer que había tenido bastante suerte hasta el momento. La primera se trataba de descubrir al supuesto asesino en un caso típico de “recinto cerrado”. Una mujer joven y amable me entregó un folleto en el cual se me facilitaba todo lo que se supone debía conocer; después me encerraron en el escenario del crimen y me concedieron una hora para resolver el misterio. El folleto no decía mucho acerca del suceso, el texto era escueto y breve. Como suele suceder en estos casos, a primera vista el enigma era irresoluble, pero tenía una hora para demostrar que era capaz de establecer una hipótesis plausible, una conjetura bien fundamentada, una presunción inteligente, una teoría original, que si bien no revelara al autor o autores del crimen, causase al menos una buena impresión de juicio.

De los más recónditos rincones de la memoria, ensombrecidos por la espesa bruma del tiempo, empecé a extraer algunos personajes cuya sagacidad e inteligencia me habían ganado de joven para las lecturas de misterio. Preclaros detectives o policías que habían tenido que enfrentarse a insondables arcanos: *Auguste Dupin* y su extraordinaria capacidad analítica; El sargento *Cuff*, y su amorosa sabiduría; *Tabaret Tiraclair*, el investigador torpe que encaró el misterioso asesinato de la viuda Lerouge cuyo cuerpo se encontró en su casa de París en medio de un gran desorden, y que tanto se parecía al caso que ahora me ocupaba. El sibarita lexicógrafo y extremadamente voluminoso doctor

Gideón Fell, que descubrió con la sencillez de un niño al asesino que desapareció milagrosamente en una habitación cerrada a cal y canto; don *Isidro Parodi*, impartiendo cátedra desde su celda 273 para resolver los seis problemas que le presentaron; *Poirot*, *Holmes*, *Carvalho*, *Charlie Parker*... Toda una lista de brillantes personajes fueron desfilando ante los ojos de mis recuerdos y mostrándome sus hazañas. Sin embargo, fue el no tan famoso *Josehp Josephin*, más conocido como *Rouletabille*, quien puso la solución en mis manos cuando recordé como había resuelto “El misterio del cuarto amarillo”.

Ya dije al principio que había tenido suerte, mis aficiones novelescas, además del mucho placer que me habían proporcionado, tal vez me ayudarían ahora a conseguir lo que parecía un buen empleo.

La segunda prueba era una mezcla de test psicológicos de diferente índole que iban encaminados a descubrir los más inextricables pasillos de la conciencia humana. También aquí la suerte me favoreció. Dábase el caso de que a un, en otro tiempo amigo, de nombre Cecilio Benito Alas, edité un curioso libro titulado “Cómo ser elegido en una selección de personal”. Resultó bastante polémico ya que desvelaba los métodos de que se valían las empresas especializadas en el ramo para, supuestamente, encontrar a la persona idónea para un determinado puesto de trabajo. En el libro se enseñaba a cumplimentar los mencionados test para obtener una puntuación suficiente que demostrase ser el tonto útil que requerían. Esto lo hizo mi amigo, según me contó en aquella ocasión, como crítica de lo que a él, también experto en el asunto, le parecía falaz además de un atropello a la intimidad del candidato. Hube de componer, maquetar y corregir texto, tablas y gráficos, como es preceptivo en la edición, y por ello, casi terminé por aprenderme de memoria lo que el libro denunciaba.

El test de *Wonderlic* trata de evaluar la capacidad del sujeto para comprender instrucciones y resolver problemas de trabajo —es preciso hacerlo en doce minutos—, me salió angelical; ni el más acreditado candidato habría de superarlo si era desconocedor de los entresijos que lo fundamentaban. Con el de *Guilford y Zimmerman*, que sabía se encaminaba a determinar personalidad y temperamento, lo conocía bien y no tuve problemas; el objetivo que persigue es descubrir rasgos de

estabilidad emocional, extroversión, introversión, iniciativa, dominio de sí mismo, responsabilidad, sentido del deber... También a mi juicio, quiero decir, además del que mereció a mi entonces amigo Cecilio, resultaba un test perfectamente idiota y por ello inútil, pero a los psicólogos analistas les encantaba, ellos sabrán la razón. Con el *MMPI-2* había que tener cierta precaución ya que pretende medir trastornos psicológicos y ante él uno se siente inclinado a mostrarse extremadamente cuerdo en las respuestas elegidas, lo cual indicará que no se está empleando el grado de sinceridad esperado. Otros, como el de *Zulliger* aspiraban a saber que tal te llevarás con tus compañeros de trabajo y que importancia otorgas a la jerarquía... y cosas así. Había, también, rompecabezas con figuras geométricas segmentadas que había que reconstruir y que yo sabía que el monitor daba más importancia al planteamiento que a la misma solución que, por otra parte, resultaba imposible en el escaso tiempo que se concedía. En realidad se trataba de averiguar cómo el interrogado negociaba consigo la frustración que el fracaso había de provocarle. No faltó, claro, el inevitable *Rorschard*, catalogado de “percepción visual”; una serie de manchas abstractas de configuración simétrica para cuya exégesis conviene utilizar elevados conceptos, ya sean artísticos o intelectuales: (“parece una escenografía para *El Lago de los cisnes*”; o, “yo diría que es una fantasía onírica de *El Principe encadenado*”; o, “me recuerda a un corte de basalto con betas de arcilla”...). Alejándose en todo caso de interpretaciones tenebrosas, mórbidas o escatológicas: (“una cueva con fantasmas”; o, “veo a un monstruo babeante”; o, “parecen vísceras gelatinosas”...).

De esta sencilla guisa el psicólogo de turno hará de ti un informe favorable.

Ocho horas duró aquel plúmbeo quehacer a las que sólo podían restarse los treinta y cinco minutos que empleé en solicitar, esperar e ingerir un triste y breve sandwich mixto, cortado en dos biquinis y acompañado de un botellín con apenas treinta centímetros cúbicos de agua mineral. Eso sí, con gas.

Dinámica de grupo, test grafológico, aptitud al razonamiento para el soporte verbal, razonamiento espacial, memoria, motricidad y destreza, aptitudes sensoriales y capacidad creativa... Aquello no

parecía tener final.

En el archifamoso “test de Coch” les endosé un tratado a partir del análisis de las ramas del dichoso árbol que debió dejar patidifusos a los examinadores, aunque reconozco que la definición del tronco no estuvo a la misma altura.

A las nueve y cuarto postmeridiano me despidieron con un consistente apretón de mano y me emplazaron para la última prueba a la que me debería someter treinta y siete horas más tarde, en el supuesto deseable, eso dijo el instructor, de que hubiera superado las de hoy.

* * *

Resultó una gratificante mañana de primavera. El sol se izaba sin prisa hacia su cenit blanqueando el cielo sin atisbo de nubes en su ascenso. Una brisa ligera lucía alas sobre el rostro de los transeuntes madrugeros. Algunos minutos antes de las diez y según lo previsto, el ascensor se detuvo en el piso veintinueve. Afeitado, perfumado y encorbatado, esperé en la salita en la que me habían introducido, entreteniendo la vista por el paseo de La Castellana a través del cristal que hacía las veces de tabique. Desde aquella altitud parecía que la diosa Cibeles estaba aquí al lado y que se podría aterrizar sobre la estación de Atocha con sólo dar un salto.

Quince minutos después o “luego de quince minutos”, como hubiese escrito mi admirado nobel, don Mario, una atildada mujer joven de sonrisa dadivosa se disculpó por la espera y me guió hasta otra salita igual, también con muro de vidrio, donde dos hombres de impecable y formal vestimenta me invitaron a sentarme frente a ellos y me instruyeron por riguroso turno de palabra en las vicisitudes de la prueba que me esperaba. Tras ello hube de seguir al más joven por laberínticos pasillos y descender a las entrañas de la torre, con transbordo de ascensor incluido, hasta llegar a una pieza que hacía antesala de una mayor, totalmente diáfana y con techo alto, parecía un almacén vacío o una nave

industrial recién adecentada. No había muebles ni otros enseres, tampoco había ventanas, pero la luz que derramaban seis potentes focos prendidos a una parrilla circular que sostenía una columna cilíndrica de gran calibre situada en el centro del espacio, era generosa y suficiente para que ningún rincón quedase oculto por sospecha de sombra. Entramos por un portalón protegido por unos faldones compuestos por tiras estrechas de un material maleable, espeso y opaco, sujetas en una barra horizontal bajo el dintel. Una vez dentro el hombre joven se dirigió a mi de esta manera:

—Aquí es donde se celebrará la prueba. Se habrá fijado usted que en la antesala había unos cochecillos como los que se utilizan en los campos de golf.

—Sí, me he fijado, todos de color amarillo —apostillé

—¿Sabría usted decirme cuántos hay?

—Cinco —contesté lacónico.

—Efectivamente. ¿Ha observado alguna curiosidad en ellos?

—Me ha llamado la atención que en el lugar donde habitualmente se sitúa la matrícula, dos de ellos tienen un círculo blanco y los otros tres uno negro.

Es usted realmente muy observador. Ahora preste atención, mi compañero le ha dicho que serán tres los participantes en esta prueba ¿lo recuerda?

—Sí, seremos dos hombres y una mujer.

Alzó su brazo derecho y al instante uno de los coches amarillos franqueó la entrada por entre las tiras de plástico y se presentó ante nosotros. El operario que lo conducía me explicó su sencillo funcionamiento y me invitó a subir.

—Ahora —dijo mi acompañante—, deberá mantener el coche dando vueltas por esta estancia, en compañía de los otros participantes, que enseguida se incorporarán, hasta que averigüe de que color es el círculo que su coche lleva en la parte de atrás. Recuerde que no puede hablar ni comunicarse de ninguna manera con los otros conductores, que no puede usted detenerse y mucho menos abandonar el

puesto de piloto. Cualquier incumplimiento de estos preceptos le eliminaría fulminantemente como opositor. Cuando sepa o crea que saber el color que se le ha asignado o, en su defecto, una respuesta razonable, debe abandonar el escenario y esperar afuera, sin apearse, hasta que sea atendido. ¿Lo ha comprendido todo?

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Hasta que el coche se pare por sí mismo. Pero ya sabe que si esto sucede habrá usted fracasado, pero no se preocupe, tendrá tiempo suficiente. Los otros participantes tienen la misma información que usted. Es importante que recuerde que esto no es una prueba de competición, los tres pueden fracasar o superarla. Tampoco importa quién lo consiga primero, lo importante es encontrar la respuesta y argumentarla razonadamente.

Asentí con la cabeza mientras mis manos se posaban en el volante.

—Esta es la prueba más fácil y más difícil de todas —aseguró el hombre.

—¿Cómo es tal cosa posible? quise saber.

—Es un juego psicológico, todo depende de su capacidad para entrar en él. Hay participantes que lo resuelven en cinco minutos y otros que no lo harían en toda una vida. Por eso le he dicho que tendrá tiempo de sobra. No tiene nada que ver con la ciencia ni con la inteligencia.

Y se fue.

Un minuto después, o luego de un minuto, que diría ..., otros dos cochecillos se incorporaron a la sala; uno llevaba un disco blanco en la parte de atrás y el otro lo llevaba negro. Los tres empezamos a deambular por aquel espacio vacío rodeando, de tanto en tanto, al mástil que sostenía la parrilla de luces. Estuvimos marchando en fila durante algunos minutos. El coche que me precedía era el que tenía un círculo negro. ¿Cómo demonios esperan que averigüemos qué color lleva cada uno? Cualquiera puede portar cualquiera. Tal vez, pensé, en algún lugar de la sala se halle un elemento reflectante disimulado en la tabiquería o quizás en el propio poste central, que permita ver nuestro

propio *culo* merced a una ingeniosa colocación o propiedad física. No tardé mucho en comprender que la idea era tan inverosímil como zafia. Hice un par de ochos. Me arrimé hasta casi chocar al coche cuya pintura parecía algo más ligera que la de los otros —tal vez fuera efecto de la luz—, el que portaba el círculo negro. Enseguida me alejé de ambos y me deslicé pegado a las paredes mientras discurría qué argumento podía esgrimir que me presentasen como persona analítica y sobresaliente.

Quince minutos después, sin atisbar indicio razonable de solución, ya me conformaba con ser capaz de no parecer un cipote ante los examinadores. Existía la posibilidad de que, como en otras pruebas por los que había pasado, también ahora se tratara, no de resolver un problema —tal vez sin solución—sino de encarar adecuadamente el planteamiento, por ejemplo, seguí conjeturando, sabemos que hay tres coches con un círculo negro y dos con un círculo blanco... Por simple cálculo estadístico, teniendo en cuenta que a la vista tengo uno blanco y otro negro, resulta más probable que el mío sea negro. ¿Es esto un planteamiento inteligente?: no. ¿Es brillante?: menos. Es tan simple cómo estúpido. Resulta del todo inadmisibles que alguien pueda organizar esta feria esperando una respuesta tan infantil. Lo deseché inmediatamente. El tiempo seguía transcurriendo, ni tan siquiera sabía de cuánto más disponía, llevaba treinta y dos minutos y estaba exactamente en el mismo punto que al empezar. Recordé las palabras del instructor: “es un juego psicológico, hay quién lo resuelve en minutos y quiénes son incapaces de hacerlo en toda una vida”. Yo iba camino de parecerme a los segundos. Un juego psicológico... ¿Qué habrá querido decir?

Súbitamente, Sin razón aparente, deslizándose vertiginosamente por algún tobogán de la memoria, este fragmento de diálogo de “El largo adiós” se presentó, diáfano, ante mí:

—*¿Qué piensa hacer con él?*

—*Llevarlo a casa y conseguir que se despeje lo suficiente para que me diga adónde vive.*

El de la chaqueta blanca me sonrió.

—*De acuerdo, primo, si yo fuera usted, lo dejaba caer en la cuneta y seguía adelante. Los borrachines sólo traen problemas y no son nada divertidos...*

Mientras el Rolls se alejaba por Sunset Boulevards con la pelirroja de la sonrisa distante, Marlowe mantenía esta conversación con el guardacoches de chaqueta blanca. A santo de qué, invocaba ahora aquello... Me acordé de una reflexión que *Ray Loriga* pone en boca de Trífero: “La memoria es un perro idiota, le tiras un palo y te trae cualquier otra cosa”. No obstante había algo que el guardacoches de chaqueta blanca había dicho al detective que tamborileaba en mi cabeza: *Si yo fuera usted...* Y pensé: si yo fuera él, o sea, el conductor del coche que parece tener la pintura un poco más clara, el que lleva un círculo negro, ¿qué estaría viendo? Él tiene la respuesta que yo necesito; él estará viendo el color de mi círculo. Suponiendo que mi disco sea también negro, él estaría viendo, como yo, uno negro y otro blanco y por tanto estará igualmente confuso, pero... ¿y si mi color es el blanco?, él estaría viendo, entonces, dos discos blancos, luego el suyo tendría que ser, necesariamente, negro, en cuyo caso habría abandonado la sala con el problema resuelto. Sin embargo seguía aquí, con nosotros, dando vueltas como un asno en una noria ¿por qué?, porque no está viendo dos discos blancos, luego el mío ha de ser ¡albricias y eureka! inexorablemente, negro.

De nuevo mi afición a las novelas policíacas me habían abierto una puerta que conducía a la solución. Esquivé a uno de los coches que amenazaba con echármese encima y enfilé el camino de la puerta de lamas verticales, con una sonrisa en el cerebro que abarcaba desde el lóbulo frontal al occipital. Sentía poder tocar el empleo con los dedos. Esperé en la antesala, en el lugar en el que habían estado los cochecillos estacionados, bajo la atenta mirada del objetivo de una cámara que vigilaba el entorno desde la altura de la cornisa exterior de la nave. Al cabo de pocos minutos el hombre joven que me había instruido en la prueba se sentó a mi lado.

—¿Puede decirme ya cual es su color? -inquirió sin preámbulo.

Se lo dije.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Cómo llegó a esa conclusión?

Se lo expliqué y me disculpé por haber tardado tanto en darme cuenta.

—Correcto —contestó lacónico—. No se preocupe, lo ha conseguido dentro del tiempo asignado. Ahora imagine que los otros dos coches hubieran portado sendos círculos negros ¿sería, entonces, capaz de deducir el color del suyo?

Quedé perplejo. Intenté concentrarme en la pregunta que me acababa de hacer. Me resultó imposible; al igual que la musculatura de un atleta se relaja tras cruzar la línea de meta, también mi cerebro había *bajado los brazos* tras haber conseguido superar la prueba; la parte a la que correspondía dar la orden de ponerse en marcha, se negaba, como se hubiese negado la parte a la que correspondía obedecer. El instructor se percató de mi confusión, apretó mi hombro con su mano en un gesto amigable e impropio del cuidado distanciamiento que ponían en el trato con los candidatos y me dijo:

—Tiene tiempo. Mucho tiempo, pero ha de responder a esta pregunta, y si la respuesta es la adecuada tenga como seguro el empleo.

—¿De cuanto tiempo dispongo?

—De tres días.

No sé como resolver esta incógnita. Por un momento, tras mucho discernimiento, creí encontrar la respuesta, fue como un destello fugaz, pero no pude retenerlo. Por eso, queridos lectores, necesito vuestra ayuda.

Con todo mi agradecimiento,

A...”

